

Identidad y memoria en la literatura mexicana actual. Estrategias de escritura contra la desaparición

María Ema Llorente
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Resumen:

El presente artículo se centra en el estudio de algunos textos literarios contemporáneos dedicados al tema de la violencia y las desapariciones en México. La idea de la desaparición no se limita únicamente al aspecto físico de la desaparición de cuerpos, sino que hace referencia también a la desaparición de una determinada concepción e imagen del país. Para combatir esta amenaza tanto física como simbólica que supone la violencia, los textos se apoyan en elementos y rasgos de la identidad individual y colectiva, y desarrollan estrategias de escritura que contribuyen a la construcción de memoria en tiempo presente. Entre estas estrategias se encuentran la creación de micronarrativas o microhistorias para rehumanizar a las víctimas; las alusiones a lo colectivo, lo comunitario y lo grupal como forma de cohesión y pertenencia; y la reescritura crítica de textos fundacionales. Para su estudio, se analizan textos de escritores mexicanos contemporáneos como Cristina Rivera Garza, Carmen Boullosa, Jorge Humberto Chávez, María Rivera, Sara Uribe, Gerardo Arana y Javier Raya, entre otros, en el marco de las ideas de autores como Elizabeth Jelin, Gabriel Gatti, John Gibler y Andreas Schedler.

Palabras clave: Violencia, desaparición, identidad, rehumanización, patria, nacionalismo, posnacionalismo

Abstract:

This paper focuses on the study of contemporary literary texts on the theme of violence and disappearances in Mexico. In this context, the concept of disappearances is not limited to the physical disappearance of bodies, but it also refers to the disappearance of a certain vision and image of the country. To combat this threat, both physical and symbolic, that is posed by violence, texts draw upon elements and traits of the individual and collective identity and develop writing strategies contributing to the production of a present-tense memory. Some of these strategies include creating micronarratives or micro stories to re-humanize the victims; references to the collective, community and group dimensions as a form of cohesion and belonging; and a critical re-writing of founding texts. To illustrate these strategies, some texts of contemporary Mexican authors including Cristina Rivera Garza, Carmen Boullosa, Jorge Humberto Chávez, María Rivera, Sara Uribe, Gerardo Arana and Javier Raya are analyzed within the thinking of authors such as Elizabeth Jelin, Gabriel Gatti, John Gibler and Andreas Schedler.

Keywords: Violence, disappearances, identity, re-humanization, homeland, nationalism, postnationalism

La violencia en México, en las formas de asesinatos, feminicidios y desapariciones, ha aumentado de manera considerable en los últimos años. Desde la declaración de la ‘guerra al narcotráfico’ realizada por el expresidente Felipe Calderón en 2006, han aparecido más de ochenta mil muertos,¹ cuyos cuerpos han sido diseminados, despedazados y expuestos de manera impune y silenciosa, en lo que constituye una clara violación de los derechos humanos. Ante esta situación, y junto a numerosas iniciativas artísticas y culturales, una parte de la literatura que se escribe en la actualidad se ha enfocado en el tratamiento literario de este tema, desafiando los vacíos y las prohibiciones existentes y proponiéndose como un espacio de mención y denuncia.

Esta violencia no solo tiene como consecuencia la muerte y desaparición de miles de personas, sino también la precariedad en la que se encuentran tanto los individuos presentes —ignorados, silenciados y amenazados— como una determinada idea o imagen del país, cuya identidad está siendo revisada y cuestionada.

Muchos textos literarios convierten en tema central de la composición esta reflexión sobre la identidad. El resultado es una literatura de carácter híbrido y documental, a medio camino entre lo periodístico y lo ficcional, que recurre a determinados elementos y rasgos constitutivos de la identidad individual y colectiva para elaborar un discurso que pueda contrarrestar la amenaza de negación, pérdida y aniquilación aludida.

El tema de la identidad mexicana y de lo mexicano —la “mexicanidad como un concepto siempre en transición”, tal como refiere Gómez—, ha sido ampliamente tratado y debatido en la literatura mexicana por autores que van desde Samuel Ramos, Antonio Caso, José Vasconcelos y Octavio Paz, hasta llegar a las formulaciones de Roger Bartra (*La jaula*) y su propuesta de la post-mexicanidad (Gómez 87). En la literatura actual, unido a los múltiples cuestionamientos derivados de la posmodernidad, esta preocupación fundamental se ve afectada por el problema de la violencia y el narcotráfico y la crisis por la que atraviesa el país. Entre los poetas nacidos a partir de 1970, como señala Alejandro Higashi, ya no se escribe una poesía nacional o patriótica, sino una poesía que trata de “una experiencia subjetiva de lo nacional y/o posnacional que encarna distintas caras: la de la violencia, la del poder político, la de la crítica a las instituciones, la de una tradición en crisis” (90). La urgencia de esta poesía, como el mismo autor señala, es precisamente denunciar temas de interés nacional “como la violencia generada por el narcotráfico y el proceso de descomposición social que la acompaña” (88).

Junto a textos de autores consagrados como Carmen Boullosa, Cristina Rivera Garza y Jorge Humberto Chávez, los textos literarios de autores como María Rivera, Sara Uribe, Iván Cruz Osorio, Juana Adcock, Javier Raya y Gerardo Arana exponen y denuncian este

¹ En la actualidad no existe un consenso en relación a la cifra de muertos y desaparecidos en el país. Silvana Mandolessi menciona que entre diciembre de 2006 y finales de 2015 más de ciento cincuenta mil personas fueron asesinadas y que alrededor de treinta y siete mil han desaparecido (22–23). Por su parte, Andreas Schedler señala que más de ochenta mil personas han sido ejecutadas por el crimen organizado en las dos primeras presidencias de la democracia mexicana y que unas veintiséis mil se registraron como desaparecidas durante la presidencia de Felipe Calderón (44). Otros autores e informes ofrecen cifras todavía más elevadas.

proceso de “descomposición social” al que se intenta oponer resistencia a través de la palabra y la escritura. En gran parte de la literatura publicada en los últimos quince años se realiza un ejercicio de contraescritura o contramemoria, poniendo de relieve la capacidad instauradora o restaruradora de la palabra; la posibilidad que ofrece de separar, delimitar, establecer o reestablecer el orden y recuperar los límites perdidos de ideas, conceptos y situaciones.

Este tipo de literatura puede incluirse así dentro de las que han sido denominadas “narrativas de lo invisible”, aquellas que, en palabras de Gabriel Gatti: “nombran y reconstruyen lo ausente, denuncian, reclaman, hacen visible, buscan el reconocimiento del lugar que corresponde a las cosas olvidadas en las memorias cuando éstas están en construcción y sirven para dar sentido” (*Las narrativas* 37). Se trata en este caso de una memoria de lo presente, de una memoria en construcción, canalizada a través de la literatura, que viene a suplir, de alguna manera, el vacío institucional y jurídico dejado por el Estado. Tal como señala Elizabeth Jelin en este sentido: “Cuando el Estado no desarrolla canales institucionalizados oficiales y legítimos que reconocen abiertamente los acontecimientos de violencia de Estado y represión [...], la lucha sobre la verdad y sobre las memorias apropiadas se desarrolla en la arena societal” (61).

En consonancia con esta afirmación, Ulrich Winter, siguiendo las ideas de Paul Ricoeur, destaca la importancia que tiene el ciudadano en la lucha por la memoria, tanto en el papel de militante como en el del escritor o intelectual, y la labor que cumplen la literatura y las manifestaciones culturales, que desarrollan funciones terapéuticas, pedagógicas, testimoniales, políticas y éticas (189).

Mediante los textos literarios se realiza, como se mencionó, un intento de recuperación o de reafirmación de esa/s identidad/es amenazada/s o perdida/s. Para ello, los textos recurren a una serie de estrategias en las que me detendré en las páginas siguientes, como son: 1) la construcción de micronarrativas y semblanzas de los desaparecidos, que incluyen datos y señas particulares de las víctimas; 2) las alusiones a lo relacional, lo grupal y lo colectivo como formas de subrayar la cohesión y la pertenencia; y 3) el cuestionamiento, revisión y reescritura de textos fundacionales, cívicos y patrióticos, pertenecientes a la tradición mexicana y conformadores de lo que se ha considerado el espíritu o la identidad nacional. Estas estrategias se apoyan en los elementos que conforman las llamadas “identidades fuertes”(Gatti, *Las modalidades* 13–24), tanto en lo individual como en lo colectivo, que se concretan en aspectos personales y humanos, pero también naturales y geográficos, tradicionales y simbólicos, y rescatan una línea temporal que desde el presente contempla o incluye el pasado y se proyecta hacia un futuro que se desea preservar y garantizar.

Micronarrativas e identidad individual. Señas particulares contra el anónimo

La primera estrategia señalada tiene que ver con la construcción e inserción en los textos de pequeñas historias o retratos individualizados de los desaparecidos, en lo que supone un intento de combatir los efectos deshumanizadores y masificadores de la violencia. Tanto la ausencia de cuerpos como su abuso mediante la mutilación, desmembración y formas de aparición en “prácticas performativas extremas” (Ardenne 9) son muestras del funcionamiento de una necropolítica (Mbembe) en la que el cuerpo es visto como mercancía útil para enviar un mensaje de dominio y poder, provocando el miedo y el terror entre la población. Este tipo de prácticas y alteraciones afectan tanto al cuerpo físico como al ser ontológico, según la distinción que realiza Esther de Orduña, y anulan la condición personal y humana del individuo:

Distinguimos, entonces, el cuerpo físico de la víctima y el ser ontológico de la misma. Cuando el primero es alterado, es transgresión del cuerpo; el segundo puede alterarse bien porque se alteren los rasgos propios del ser humano y que los distinguen del resto del grupo, como el rostro, los ojos, las huellas dactilares, etc., o bien porque se altera la esencia interna del ser humano, las cualidades morales y los datos no físicos que nos definen, como el nombre, la nacionalidad, los datos de vida, etc. (378)

Unido a esto, los discursos oficiales y los difundidos a través de los medios de comunicación se limitan a elaborar estadísticas y a ofrecer censos y números de víctimas. Esto provoca una revictimización constante de los asesinados y desaparecidos, lo que los convierte en una masa anónima e indiferenciada que integra lo que se ha denominado una narrativa fantasmagórica, que alimenta la morbosidad e insensibiliza a la población (Bencomo 21, nota 4).

Ante esta situación, los textos literarios intentan recuperar el aspecto humano e individual de las víctimas mediante la elaboración de pequeñas historias de vida o retratos literarios con sus datos más relevantes, que se integran en los textos manteniendo cierta autonomía en relación con la historia general. Los datos de estas microhistorias proceden de notas de prensa, denuncias policiales, testimonios de familiares e información aparecida en blogs y redes sociales. Su formato y la información que contienen es común en muchas obras y se repite en ellas de manera recurrente. No se trata tanto en estos casos de una recuperación del cuerpo o de los cuerpos, aspecto que sí aparece en otros textos que recrean una fantasía de la reaparición, sino de intentar recuperar aquello que más allá del cuerpo constituye lo que la persona fue, el aspecto ontológico, cifrado en elementos relativos a la edad, el nombre, la procedencia, la profesión, la forma de vestir y el lugar de la desaparición, así como en señas particulares, gustos, costumbres, aficiones y relaciones de parentesco. Se pretende decir quién era el desaparecido y reconstruir una identidad que tiene en el nombre propio su elemento más representativo. Esta idea de la importancia simbólica del nombre en relación con el individuo se recrea, por ejemplo, en el poema “Emblema vacío”, de Víctor Argüelles, en el que se menciona precisamente cómo lo violentado, lo destruido y lo olvidado son los nombres y no los cuerpos: “Ocurrió como

ocurre siempre, como siempre ha ocurrido/como otros nombres cortados, vueltos polvo en archivos/sin justicia” (en Matías Rendón 96–98).

Lo importante de estas historias no es tanto la autenticidad o la veracidad de los datos proporcionados, sino el intento de llamar la atención sobre la necesidad de recuperar el aspecto humano de las víctimas. En las obras se combinan así testimonios reales o auténticos, que se incorporan a los textos en un acto de apropiación, con episodios similares, contruidos por imitación de los anteriores, que ficcionalizan situaciones semejantes. Es lo que ocurre en *Antígona González*, de Sara Uribe (2012), en donde se alternan los testimonios reales de las víctimas, aparecidos en los medios de comunicación, con la voz y los parlamentos emitidos por esta Antígona criolla en la búsqueda de su hermano Tadeo. Al primer tipo pertenecen el siguiente ejemplo:

*Reynosa, Tamaulipas. 18 de abril. El cuerpo de un hombre de entre 25 y 30 años fue encontrado a orillas del libramiento que conduce al puente Reynosa-Mission. Vestía bermudas de mezclilla, calcetines de algodón blancos y una camisa de mezclilla con forro de franela a cuadros.*² (54)

El formato de este tipo de discursos y la información que aparece en ellos, que guarda relación con las fichas policiales y forenses, se recrean en la presentación que realiza Antígona de su hermano ‘ficcionalmente’ desaparecido:

*Se dedicaba a la compra-venta de automóviles. Era común que viajara a Matamoros para comprar vehículos que después vendía en otras ciudades del país.*³ Así se ganaba la vida Tadeo. No le iba tan mal. A veces le alcanzaba para llevar de vacaciones a la playa a su mujer y a mis sobrinos. Se había comprado un terreno en las afueras de la ciudad siendo soltero y cuando se casó fue construyendo cuarto por cuarto su casa. (47)

Además de los nombres propios —patronímicos— y los lugares de procedencia —topónimos—, tanto las historias reales como las ficcionales proporcionan detalles relativos al patrimonio cultural como, por ejemplo, la preferencia por determinadas canciones, la práctica de determinados bailes, el gusto por unas bebidas específicas o costumbres como las de tatuarse los nombres de hijos o personas cercanas:

Tierra Colorada, Guerrero. 18 de febrero. El cuerpo sin vida de un hombre fue encontrado en la presa La venta. Aunque todavía no ha sido identificado, su brazo izquierdo tenía un tatuaje con el nombre “Josefina”, y en el brazo derecho llevaba marcado el nombre “Julio”. (46)

El mismo tipo de reconstrucción aparece en otro pasaje de la misma obra:

¿Quién era el cadáver?

*Le gustaba mucho bailar polka, redova y hasta huapango. Era muy alegre. Le hicieron su corrido. Todavía bailábamos. Siempre fue buen padre. Tuvimos cinco hijos. A todos les puse José, como él, y un segundo nombre. Tenemos 15 nietos y cuatro bisnietos.*⁴ (82)

Esta estrategia de reconstrucción de las identidades individuales aparece en múltiples textos. Por ejemplo, por citar dos de los más difundidos y conocidos en el ámbito poético

² Las cursivas son del original.

³ Las cursivas son del original.

⁴ Las cursivas son del original.

mexicano actual, en el poema “La reclamante” (2015), de Cristina Rivera Garza, las palabras del discurso pronunciado por Luz María Dávila ante el presidente de la nación se mezclan con datos concretos de sus hijos asesinados, que incluyen sus nombres y su edad —“ *Marcos y José Luis Piña Dávila, de 19 y 17 años*”⁵— y lo que estaban haciendo en el momento de su muerte: “**mis muchachitos estaban en una fiesta/y los mataron**” (Rivera 29).⁶ Lo mismo ocurre en el extenso poema “Los muertos” (2010), de María Rivera, que describe una larga caravana de muertos que marchan hacia la capital del país, e incluye información relativa a la identidad de las víctimas, en una combinación de nombres y números; rostros y cifras (en Calera 65–72).

La misma estrategia aparece también en el poema “Las muertas de Juárez”, de Carlos Aguasaco, que lleva por subtítulo [Poema compuesto con la lista real de los nombres de las víctimas de feminicidio reciente en Ciudad Juárez, México]. A partir de la pregunta “¿Qué sabes de...?”, que se repite a modo de estribillo y que podría verse como una actualización del tópico del “*¿Ubi sunt?*”, el poema va presentando por orden alfabético a distintas mujeres asesinadas. En esta presentación, el texto se detiene en detalles como su forma de vestir, sus sueños, sus recuerdos, sus preferencias gastronómicas, sus amigos y familiares, sus últimas palabras o la posición en la que fueron encontrados sus cuerpos (Blum s. p.), en un intento de recuperar, como en los casos anteriores, una imagen humana y personal de las víctimas.

Además de los datos y la información ‘objetiva’ que proporcionan, puede decirse que este tipo de retratos y microhistorias construyen también un perfil de víctimas determinado, en la selección de detalles, punto de vista y forma de presentación que eligen. En la mayoría de los textos, las víctimas se muestran como personas comunes, humildes, honestas, trabajadoras, con hábitos y gustos sencillos, e integrados o pertenecientes a grupos sociales y familiares, lo que promueve la identificación y la compasión de los lectores. Con este tipo de perfiles se ofrece una imagen dual y polarizada de la violencia y del país, dividida en víctimas y verdugos, figuras entendidas, según el modelo cosmopolita de hacer memoria propuesto por Hans Hansen (151) como inocentes y culpables respectivamente. Frente a la existencia de discursos inculpatorios, en los que se justifican los asesinatos de las víctimas por su supuesta participación en actividades ilícitas o por su relación con los narcotraficantes o los agresores, estos relatos subrayan su inocencia y la injusticia de una violencia cometida de manera arbitraria, lo que pone de relieve la gravedad de los hechos y de su impunidad. Con esto, los textos literarios llevan a cabo una especie de juicio moral o justicia poética (Nussbaum 115–138), al realizar una valoración de las acciones y atribuir culpabilidades, dejando clara la posición intelectual e ideológica de sus autores. Como se dijo, la palabra reestablece, corrige, separa y divide ese vacío moral que en “la niebla de la guerra” (Schedler) confunde realidades y responsabilidades. La identidad individual se presenta así en estos textos como una identidad basada en la oposición entre dos bloques —nosotros y ellos— y en sus diferencias. Este “ellos”, en el que se incluyen tanto los narcotraficantes como los miembros de las instituciones públicas, —“Son de los mismos.

⁵ Las cursivas son del original.

⁶ La negrita es del original.

[...] Quédate quieta, Antígona. [...] Son de los mismos” (Uribe 23)— y que aparece en los textos como un deíctico personal ambiguo e indeterminado, delimita por negación y por oposición la identidad de los protagonistas: civiles e inocentes. Este tipo de presentación contribuye a sustentar la labor de crítica y denuncia que los textos persiguen, al tiempo que legitima la implicación y la participación de la sociedad ante el problema de la violencia y la amenaza de la desaparición, tal como aparece en uno de los parlamentos de Antígona González:

Yo también estoy desapareciendo, Tadeo.

[...]

Todos aquí iremos desapareciendo si nadie nos busca, si nadie nos nombra.

Todos aquí iremos desapareciendo si nos quedamos inermes sólo viéndonos entre nosotros, viendo cómo desaparecemos uno a uno. (95)

Una de las formas más inmediatas de luchar contra esa desaparición es precisamente, como se ha visto en este apartado, la recuperación de la individualidad física y ontológica de las víctimas, que impida que se pierdan y se confundan en esa “masa de muerte sin nombre” (Gibler 16).

Alusiones a lo colectivo, lo grupal y lo comunitario. El patrimonio espacial y temporal

Como segunda estrategia de construcción de memoria y lucha contra la amenaza de desaparición pueden señalarse las alusiones a lo colectivo, lo grupal y lo comunitario que aparecen en los textos, que recurren a una identidad social y cultural sustentada en las ideas de cohesión, propiedad y pertenencia. En ellos se recrea la idea de que tanto los ausentes como los presentes forman parte de distintos grupos y comunidades, que van desde el grupo o la unidad familiar, hasta una determinada localidad, una comarca, un estado o un país concreto. La violencia ejercida sobre los miembros de estas colectividades es así una violencia que repercute en otros individuos de manera expansiva, por lo que, tal como señala Gabriel Gatti en la descripción que realiza del “nuevo espacio de las víctimas”, estas deben ser vistas como una red o un tejido de relaciones y no como individuos aislados:

la víctima ya no es una singularidad, una excepción, es una red que conecta a los propios sujetos marcados en primera persona por algún sufrimiento con todos los que en círculos que se trazan en distintas dimensiones (víctimas directas e indirectas; de sangre o la sociedad en conjunto; afectados y expertos; afectados por traumas históricos...) tienen alguna relación con ellos en el tejido social. (*El humor* 202–3).

En relación con el núcleo familiar, en algunos textos se hace alusión a la relación de parentesco que el hablante mantenía con la víctima. La mención de esta relación contribuye nuevamente a la rehumanización del desaparecido, que deja de ser visto como una cifra o un número, como ya se mencionó. Este cambio de perspectiva aparece, por ejemplo, en el poema “Elegía entre la flama y la ceniza”, de Alejandro Zenteno, dedicado a los 43

estudiantes desaparecidos en Ayotzinapa. En el poema, en el que la voz del hablante tiene ese efecto corrector o rectificador ya señalado, se insiste en esa idea de que no son las cifras lo que importa en relación a los desaparecidos, sino los detalles que prestan atención a su identidad y al aspecto relacional de esta: “No son cifras sino amigos, hermanos, hijos.../los tragados por la sombra, arrastrados al infierno/inteligentemente organizado.” (en Cortés y González s. p.)

Este componente grupal y familiar de las búsquedas aparece también en un pasaje de *Antígona González*, en el que las distintas voces de los convocados para la identificación de los cuerpos hablan al unísono, dejando ver la relación que los une con los cuerpos desaparecidos y caracterizándolos también indirectamente a ellos como parte de grupos familiares:

Vine a San Fernando a buscar a mi hermano.
Vine a San Fernando a buscar a mi padre.
Vine a San Fernando a buscar a mi marido.
Vine a San Fernando a buscar a mi hijo. (64)

La enunciación sucesiva de estas voces y su reivindicación se concluye en este fragmento con la frase: “Vine con los demás por los cuerpos de los nuestros” (64). El posesivo que aparece en esta expresión señala nuevamente la relación que existe entre los presentes y los ausentes, que no son víctimas anónimas o desconocidas, sino seres cercanos, pertenecientes al mismo círculo social o familiar del hablante y miembros también del mismo país, en el que se libra lo que ha sido calificado como una “guerra civil económica” (Schedler):

Contarlos a todos.
Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría
ser el mío.
El cuerpo de uno de los míos.
Para no olvidar que todos los cuerpos sin nombre
son nuestros cuerpos perdidos.
Me llamo Antígona González y busco entre los
muertos el cadáver de mi hermano. (13)

Mediante el uso de los posesivos se resaltan así tanto ideas de pertenencia como de exclusión. La afirmación “este cuerpo podría/ser el mío” puede hacer referencia al cuerpo perdido que se busca, pero puede aludir también al cuerpo propio de la persona que habla, que en un futuro cercano podría verse en la misma situación y pasar a formar parte de los desaparecidos, con lo que se insiste nuevamente en la necesidad de acción e implicación de los presentes. Por su parte, la mención de “nuestros cuerpos perdidos” refuerza esa idea de una identidad compartida, que también separa o divide a los individuos, como se vio, en dos grandes bloques enfrentados, nosotros y ellos; víctimas y verdugos; inocentes y culpables; dominantes y dominados. La existencia de este tipo de relaciones y las jerarquías que implican se recrea, por ejemplo, en el poema “Comarca de San Fernando”, de Juana Adcock, en el que se describe la transformación que ha sufrido una determinada localidad en manos de quienes se han convertido en sus “amos”:

Otros eran los amos de la comarca
no nos quedó de otra más que orar y mantener la calma

y todos en San Fernando lamentamos mucho
lo que ocurrió. (30)

Para explicar esos cambios se hace necesaria la palabra, para poder aclarar y finalmente corregir la idea que existe sobre la identidad de esa comarca que ha sido sometida:

tenemos que decir por qué sucedió, por qué el núcleo
fue severamente invadido [...]

Es importante decir lo que pasó
lo que nos pasó no es San Fernando. San Fernando
es gente de trabajo
esfuerzo, sacrificio, gente que está hecha de una sola
madera
tenemos que trabajar mucho, convocar a todas las fuerzas

Revertir el éxodo (30)

Si no se realiza este ejercicio de expresión y de corrección, lo que esa localidad es o era corre el riesgo de perderse, confundirse y olvidarse como todo lo demás, por lo que la palabra resulta necesaria como elemento que discrimina ideas y realidades.

En otros casos, la violencia se representa como una amenaza que afecta a lo cercano, lo íntimo, lo familiar y que se va extendiendo como una enfermedad o una plaga, involucrando distintas ciudades y estados hasta alcanzar al país entero. Esta idea aparece en el poema “2006”, de Jorge Humberto Chávez, perteneciente a la sección “Crónicas” del libro *Te diría que fuéramos al río Bravo a llorar...* (2013). En este poema, la alusión a la pérdida o las pérdidas provocadas por la violencia se realiza de manera metafórica y eufemística a través de la idea de perder peso, que de alguna manera se asocia también con el cambio de aspecto y de identidad:

En el año 2006 mi padre adelgazó tanto
que pudimos meter su cuerpo en una caja
de 1.70 por .65 m

yo mismo empecé a perder humanidad
con el demonio muy adentro
86 kilos en febrero 69 en julio
[...]
En el año 2006 mi país empezó a adelgazar
la calle y la noche más flacas cada vez
la ciudad crecida de cadáveres. (25)

La idea de la decadencia y la desaparición progresiva del país constituye así una constante en gran parte de textos contemporáneos. En muchos de ellos, la violencia es vista como un padecimiento, una enfermedad o un cáncer que va carcomiendo a una nación personificada, que se encuentra enferma, desfalleciente y moribunda. Diego Enrique Osorno menciona cómo esta idea de un país enfermo se ha convertido en un lugar común, y describe la violencia como una “hemorragia” (121) o incluso como un “cáncer” que carcome al estado (111). De la misma forma, en el poema “Suave Septiembre”, de Gerardo Arana,

se habla de un “país lacerado” (36) y también en *La patria insomne*, de Carmen Boullosa, se identifica a la patria con una “llaga” (39), por citar algunos de los múltiples ejemplos que existen sobre este tema. En otros casos, se habla directamente de pérdida o desaparición, como ocurre en el poema “Ayotzinapa”, de David Huerta: “Este es el país que ayer apenas existía/Y ahora no se sabe dónde quedó” (en Matías Rendón 33); y en la citada obra *Antígona González*, en la que se niega directamente la existencia del país: “aquí no hay ley, aquí no hay país” (23).

Para combatir esta pérdida, además de lo colectivo y lo grupal, y como parte de las estrategias literarias mencionadas, en muchos textos se alude a la idea de un patrimonio tanto espacial o geográfico como temporal, lo que subraya la conexión de los individuos con un lugar y una historia determinada y pone de manifiesto la sensación de arraigo y pertenencia. En el poema “Ya no le echen tierra”, perteneciente a *La patria insomne* (2011), de Carmen Boullosa, se relacionan precisamente las ideas de la tierra y de la patria con la sangre y lo familiar, dejando ver los vínculos que los individuos mantienen con el país a través de la genealogía y la descendencia, lo que justifica o explica las alusiones a lo mío, lo nuestro y los nuestros mencionadas arriba:

Patria no: Tierra mía.
Hermana que sólo en ti cumplió mi cuna.
Sangre de mi sangre, padre de mi padre,
Madre de mi madre y de mis abuelas. (37)

El territorio, el espacio, se percibe como inevitablemente ligado al pasado y a la idea de una herencia temporal. En este pasado se encuentra el país que se recuerda y que se desea recuperar y mantener, que se opone al país actual. Estas dos dimensiones, espacial y temporal, coinciden en la expresión “los caminos de mi infancia” que aparece en el texto “Una red de agujeros”, del libro *Dolerse* (2015) de Cristina Rivera Garza. En este texto, escrito a modo de crónica, la hablante rememora el tiempo de su infancia como un tiempo ajeno a la extrema violencia actual, en el que podía circularse libremente por un espacio que ahora se reclama desde un lugar y un presente que vive una realidad muy distinta:

Pero éstos fueron, esos mismos caminos de Tamaulipas, los caminos de mi infancia. Y los quiero de vuelta. Por ahí avanzábamos de madrugada o en plena luz, desde Matamoros hasta Tampico, pasando ineludiblemente por San Fernando, para visitar a amigos o parientes. (142–43)

El fragmento insiste en esa idea de propiedad ya anunciada: “son los caminos de mi familia y de familias como mi familia. Son míos. Son nuestros. Y lo dicho: los quiero de vuelta” (Rivera 142–43). Al igual que en el poema de Juana Adcock, el texto se detiene tanto en la similitud —nominal y espacial— como en la diferencia —rasgos y características— de ese lugar geográfico que se designa mediante el topónimo con referente extratextual real. La Tamaulipas que se recuerda y que se pretende recuperar es la Tamaulipas de la infancia, del pasado, que ahora ha quedado desdibujada y perdida, diferente a sí misma. Además de esto, aparece en este pasaje la alusión a los ancestros y a la herencia familiar en la mención de “los más viejos de nuestros viejos” que descansan en el pequeño cementerio de Santa Catarina. La tierra del país es así también ‘propia’ porque alberga los cuerpos y la memoria

de los antepasados, convirtiéndose en un lugar de vinculación y conexión. Esta idea establece nuevamente un contraste con la situación actual del país, en la que las víctimas de la violencia y el narcotráfico carecen de un lugar donde ser enterradas, bien porque se encuentran en paradero desconocido, o bien porque sus restos aparecen amontonados en fosas comunes, diseminados por toda la geografía nacional. Esta ausencia de tumbas convierte paradójicamente a todo el territorio mexicano en un cementerio, tal como se menciona al final del poema “Los muertos”, de María Rivera, en el que el cementerio en el que duermen los desaparecidos, conformado por todas las ciudades y estados afectados por la violencia, ha acabado por coincidir con el país entero:

duermen en su cementerio:
se llama Temixco,
se llama Santa Ana,
se llama Mazatepec,
se llama Juárez,
se llama Puente de Ixtla,
se llama San Fernando,
se llama Tlaltizapán,
se llama Samalayuca,
se llama el Capulín,
se llama Reynosa,
se llama Nuevo Laredo,
se llama Guadalupe,
se llama Lomas de Poleo,
se llama México. (en Calera 65–72)

En otros casos, el pasado que se rememora es un pasado completamente perdido, que no ofrece posibilidades de recuperación. En el poema “Otra crónica” (2013), de Jorge Humberto Chávez, los “caminos de mi infancia” de los que hablaba Cristina Rivera Garza como elementos representativos de la tierra y el territorio han sido sustituidos por el río Bravo, en la frontera entre Ciudad Juárez y la ciudad estadounidense de El Paso. En este poema, el río no solo separa física o geográficamente las dos ciudades y sus formas de vida, sino que marca también nuevamente las fronteras entre quienes ejercen el poder y quienes lo padecen. Si bien en el pasado el río se presenta como un terreno neutral, con el paso del tiempo esta neutralidad parece haberse ido perdiendo, según se relata en el poema, llevándose consigo también las posibilidades que esta neutralidad ofrecía. El poema trata así de la paulatina degeneración de una sociedad en la que la violencia se ha convertido en una forma de vida, provocando la parálisis y la impotencia de los habitantes. Ante esta situación, el hablante del poema intenta consolar a su interlocutora con la frase que da título a todo el poemario, que revela, tristemente, que el propio río y todo lo que significaba ya no existen más: “ya no hay río ni hay llanto” (20). Tanto el texto de Rivera Garza como el de Chávez, en las referencias a ciudades como Tijuana y Ciudad Juárez, aluden de esta forma indirectamente al problema de la debatida identidad fronteriza, que viene a sumarse al resto de cuestiones relativas a la identidad que tratan estos textos.

Finalmente, la idea de la pérdida y lo perdido y la imposibilidad de recuperación se recrea también en el poema en prosa “Epístola con carácter de urgente”, de Iván Cruz Osorio,

en el que esta pérdida se presenta en la forma nostálgica de “un sueño”. El poema está incluido en la sección titulada precisamente “Los dominios perdidos”, del poemario *Tiempo de Guernica* (2005), centrada en la situación concreta del México actual. En él, la pérdida de ese territorio —país, idea o estado de cosas— se expresa mediante la fragmentación del espacio físico y geográfico, que coincide con la fragmentación y la dispersión de los cuerpos asesinados. Mediante la personificación que permite el monólogo dramático, la voz de uno de los fallecidos se dirige a los “Queridos asesinos” que encabezan la supuesta carta que se les escribe, para pedirles que les ayuden a buscar ese sueño que les permita recuperar lo perdido:

Queridos asesinos:

Buscamos, pedazo a pedazo, un sueño desmembrado para revivir nuestros cuerpos, para encender nuestros cadáveres, para reunir el cielo, el mar, y las montañas de este país de archipiélagos. Quizá puedan ayudarnos, quizá, si trabajamos en equipo, si nos apuramos, quizá todavía se muevan solos, quizá aún palpiten los miembros arrebatados. Por favor, dense prisa, la hierba ya ocupa el lugar de nuestros cráneos, de nuestras narices, del cuenco agusanado de nuestros ojos... (40)

Como sugiere el pasaje, no exento de ironía, la fragmentación puede entenderse también en términos de fragmentación social, en relación a ese “proceso de descomposición” que acompaña a la violencia al que aludía Higashi (88). La fragmentación del cuerpo físico e individual se equipara a la fragmentación del cuerpo geográfico y político, el cuerpo “social”, tal como señala Felipe Oliver Fuentes: “Cuerpo humano y cuerpo social, mismo significante que construye idéntico significado; una sociedad en decadencia, lacerada y atrapada en una espiral de destrucción” (26).

La insistencia que realizan los textos en aspectos relativos a la identidad contribuye a contrarrestar esta fragmentación y a recomponer, por tanto, el tejido social de una identidad entendida como continuidad, permanencia y mismidad, asentada o localizada en un territorio físico y político concreto, con el que, a pesar de lo señalado por autores como Alejandro Higashi (92) a este respecto, sí parece haber una identificación.

Cuestionamientos, revisiones y reinterpretaciones. De lo nacional a lo posnacional⁷

En esta reflexión general que plantean los textos sobre lo que el país era y en lo que se está convirtiendo por causa de la violencia, y como última estrategia de memoria y visibilización, pueden señalarse distintas formas de cuestionamiento y revisión de conceptos relativos a una determinada idea de patria y nación, así como la reescritura, por lo general paródica y crítica, de textos y discursos que han contribuido a su consolidación. Con estas reescrituras los textos dialogan no solo con una idea de patria determinada, sino también con la tradición literaria en la que esta idea se sustenta y con la que se consolida. Al haber sido forjados o desarrollados durante el nacionalismo posterior a la revolución, cuestionar estos conceptos, tan cercanos a la idea de la identidad nacional, supone también cuestionar esa misma identidad, tal como señala Elizabeth Jelin:

Los periodos de crisis internas de un grupo o de amenazas externas generalmente implican reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad. Estos periodos son precedidos, acompañados o sucedidos por crisis del sentimiento de identidad colectiva y de la memoria. Son los momentos en que puede haber una vuelta reflexiva sobre el pasado, reinterpretaciones y revisionismos, que siempre implican también cuestionar y redefinir la propia identidad grupal. (26)

La crisis social derivada de la situación de violencia provoca una postura crítica y desencantada, que contrasta con la imagen idealizada del país que aparece en numerosos textos mexicanos posteriores a la revolución. Muchas de las revisiones y reescrituras actuales se centran en elementos representativos de México y la mexicanidad, como los símbolos patrios —el himno, la bandera y el escudo o el emblema— y la propia noción de patria y sus distintas acepciones o simbolizaciones, para criticarlos, negarlos o invertirlos. Lo que se cuestiona en este caso es esa imagen determinada del país y de la patria por considerarla falsa, construida y artificial y por su falta de adecuación con la realidad. Por ejemplo, en el poema citado “Emblema vacío”, de Víctor Argüelles, se utiliza la imagen del águila emigrada y del escudo vacío para ofrecer un panorama pesimista y desesperanzado de la situación actual. En el poema, el águila juarista se identifica con la patria —“águila-madre”—, que sin embargo ya no representa ni protege a sus hijos. Esta águila observa desde arriba en su vuelo “las ruinas” y “las cenizas”, forma en la que se alude a los efectos o los resultados de la descomposición del país, cifrados nuevamente en los mismos términos

⁷ En relación con el concepto de lo posnacional aplicado al caso mexicano, sigo las ideas de Alejandro Higashi y Roger Bartra (*La jaula, La venganza*). El primer autor considera dentro de esta denominación la poesía que, superando la tradición de la poesía nacional y/o canónica, muestra una experiencia subjetiva de lo nacional y correspondería, en líneas generales, a la escrita por autores nacidos después de 1970 (89–90). Se trata de una poesía crítica y de denuncia que no da muestras de una identificación con el espacio físico en el que se encuentran o al que pertenecen sus autores. Lo que se privilegia en esta poesía, más allá de la identidad o la pertenencia, es el distanciamiento con las circunstancias de brutalidad, el abuso, la violencia y la impunidad que se registra en los textos, que documentan los hechos que denuncian desde fuera, sin que se produzca una identificación con los valores simbólicos nacionales.

aludidos en otros textos: “Ellos nos están cortando, como tú en el vuelo/Ellos nos están desapareciendo, como tú en el vuelo” (en Matías Rendón 96–98).

Estas alusiones a la ausencia del país y la patria aparecen así, como ya se vio, en numerosos poemas mexicanos contemporáneos. Además del anterior, puede citarse también el poema “Los dominos perdidos” (2005), de Iván Cruz Osorio, en el que se afirma directamente: “No tenemos una patria” (37); y el poema en prosa “Reivindicación”, de Julio César Aguilar, en el que nuevamente se recurre a la personificación de una patria enferma que desfallece, sangra y se lamenta, que funciona, como en otros casos, como espejo o reflejo de las emociones y los sentimientos de los individuos:

Imaginemos que la patria ha muerto ¿o desfallece aún? [...] No tenemos patria, los que de tan lejos venimos viniendo arrastrando nuestra despatria, tanto caminar para sabernos huérfanos, desterrados ciudadanos del desprecio, —del nuestro, que no hemos querido ni al menos perdonar. Y la patria nos duele. Inmenso el eco de su llanto en nuestro llanto que se desgrana [...] Entonces un poeta y otro y tantos otros le han cantado desde su pluma un himno irrevocable. Y si alguien escucha, escuche entonces el eco de la canción que la patria nuestra está sangrando con su lamento. (Contreras s. p.)

La crítica y el cuestionamiento que realizan los textos afecta no solo a los conceptos, ideas y símbolos, sino también, como se comentó, a textos anteriores, que han formado y conformado la tradición y la identidad mexicana. Entre los textos que más se cuestionan y se reescriben se encuentran la letra del himno nacional, escrito por Francisco González Bocanegra (1854); el poema “La suave Patria”, de Ramón López Velarde (1921); y el discurso de José María Morelos, “Sentimientos de la nación” (1813), escritos todos después de la Independencia de México y durante el desarrollo del nacionalismo. Estos textos aparecen cuestionados y criticados en algunos poemas de *La patria insomne*, de Carmen Boullosa; en el poema “Suave Septiembre”, de Gerardo Arana; y en el poema “Di/sentimientos de la nación”, de Javier Raya, respectivamente, textos que funcionan como relatos contrafácticos de ese mito fundacional que ignora silencios, diferencias e injusticias y que, leído desde un presente de violencia y degeneración, resulta especialmente cuestionable e irónico, tal como estos textos ponen de manifiesto. Se trataría, en estos y otros ejemplos, de casos de poesía posnacional, según la denominación de Alejandro Higashi, en la que la relación con la idea de patria y nación está marcada por esa “experiencia subjetiva de lo nacional” y en la que la patria se niega o se cuestiona desde el dolor, la queja y el reproche, dirigido tanto a la nación o el Estado como a los propios ciudadanos que lo integran.

La post-mexicanidad planteada por Roger Bartra se caracteriza, precisamente, entre otras cosas, por el agrietamiento del modelo nacionalista revolucionario, instalado a partir de la consolidación de la revolución mexicana, que se manifiesta o se pone en evidencia en el adelgazamiento de la confianza de la población en las instituciones del Estado y sus componentes políticos. En la posmodernidad, este nacionalismo como idea aglutinante de un conjunto social entra en crisis, pues el estado no puede corresponder a la complejidad del universo mexicano actual (Gómez 89).

Aunque la mayoría de las críticas y las reivindicaciones se dirigen a ese estado ausente y “sin entrañas” (Rivera 11), también existe en algunos casos, como se adelantó, una crítica o autocrítica a la falta de implicación y de participación de los ciudadanos en los problemas

que afectan a su país, tal como ocurre en el poema “Identidad nacional”, del poemario mencionado de Iván Cruz Osorio, que resume de manera breve y concisa la situación a la que se hace referencia en el título: “Lo de menos es salir del anonimato./Pero, sinceramente, no tenemos cara para hacerlo” (32).

En relación con las reescrituras de textos anteriores, uno de los versos más revisitados y cuestionados es precisamente el último verso de la primera estrofa del himno nacional mexicano. En esta estrofa se alude a cómo cada mexicano, cada hijo de la patria, es o debería ser un soldado dispuesto a luchar contra los enemigos que amenacen el territorio nacional:

Más si osare un extraño enemigo
profanar con su planta tu suelo,
piensa ¡Oh Patria querida! que el cielo
un soldado en cada hijo te dio.⁸

En el poema “Otro aparte”, del libro *La patria insomne*, de Carmen Boullosa, la patria a la que se alude en el himno se identifica ahora con una loba que aulla y que, a diferencia de la loba nutricia, fundadora de Roma, no tiene descendencia viva, pues sus hijos son las numerosas víctimas mutiladas y decapitadas que irónicamente se asocian al final del poema con esos “hijos-soldados” sacrificados por la patria:

Patria es una loba herida.
Es la leona privada de un cachorro.
Es las decapitaciones,
las cabezas trocadas que no cicatrizan en tronco ajeno,
los tórax que no retoñan,
los dedos mutilados para fungir de papeletas de cobranzas.
Es la puja sin parto.
Es el oro que se pudre:
es un soldado en cada hijo te dio. (31)

En este fragmento, la ironía, lograda a través de la intertextualidad y la apropiación, proviene precisamente de citar de manera idéntica el verso que aparece en el himno, que, cambiado de contexto y situado después de la enumeración de los horrores anteriores, provoca un contraste que resulta en sí mismo suficientemente elocuente. La misma alusión al último verso de la primera estrofa del himno —“un soldado en cada hijo te dio”—, aparece en el poema de Javier Raya “Di/sentimientos de la nación”, con la misma intención irónica y crítica:

Disiento cuando dejo de creer en tu himno:
no, patria, no soy un soldado que en cada hijo te dio,
no soy un hijo de ningún concepto nacional
aunque retumben en sus centros la tierra, Masiosare,
porque no puedo estar a favor de tanto
bélico acento. (Raya s. p.)

⁸ Extraído de la versión oficial de Himno Nacional (web).

Además del himno nacional, también el poema “La suave Patria”, de Ramón López Velarde, constituye uno de los textos asociados a la formación de la identidad nacional. El poema, que institucionaliza el concepto de México como nación, fue escrito con motivo de la celebración de las fiestas del centenario de la Independencia de México, elevado después a la categoría de discurso ‘oficial’ o segundo himno nacional. Sin embargo, este texto no refleja la realidad del México posrevolucionario, sino el ideal del momento histórico del Porfiriato, en una clara mitificación del pueblo, el espacio y la naturaleza. Al igual que el himno, este texto, considerado el poema patriótico por excelencia, también ha sido el foco o la diana de muchas reescrituras críticas y paródicas en la actualidad. La primera y más inmediata fue el poema “Alta traición” (1966), de José Emilio Pacheco, en el que, en palabras de Higashi, el autor realiza “una revisión crítica y parricida desde el título (una “alta traición” es aquella que se comete contra la soberanía, la seguridad y la independencia del Estado)”; un poema en el que con una perspectiva crítica el autor revisa la estética y la retórica de “esa poesía patriótica algo caduca” y expresa su rechazo hacia la “suave patria intemporal e idealizada” (93), creada y recreada por López Velarde.

Además de los anteriores, entre los numerosos casos de relecturas y reescrituras del poema anterior puede mencionarse también el poemario de Carmen Boullosa ya citado, *La patria insomne* (2011), en cuyo título puede apreciarse un eco intertextual que introduce una variante de matiz en relación a la composición original. La visión de la patria que se ofrece este poemario es, en general, negativa y catastrófica, tal como se desprende de la descripción que hace Fabiola Palapa de la obra:

El olor de la muerte, el olvido de la infancia, la ebriedad de la conciencia, la atmósfera de fuego y sangre, los humos de una guerra entre todos, los sueños de los decapitados, así es el concepto de patria que describe Carmen Boullosa, en su poemario más reciente. (15)

En el proemio del poema de López Velarde, la patria, calificada desde el título como “suave”, se describe como “impecable” y “diamantina”, en la recreación de una ambientación o un paisaje bucólico, con elementos de la naturaleza:

Diré con una épica sordina:
la Patria es impecable y diamantina.
Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero. (En Aguilar 236)

En el poema de Carmen Boullosa “O échenle tierra”, del poemario mencionado, se recurre nuevamente a la intertextualidad para establecer un contraste entre la descripción que hace de la patria López Velarde y la situación actual, en la que la patria, “algún día diamantina” pero ahora tartamuda —“¡Patria mía,/algún día diamantina, tartamudeas!/¡Tartamuda cada día,/más viva, a la manera de la llaga,/altiva y voraz!” (39)— es comparada con una prostituta que se vende o se ofrece a los otros —los extraños, los extranjeros—, lo que redundante en la idea de pérdida y desintegración del país.

Una desmitificación semejante aparece también en el poema “Suave Septtembre”, de Gerardo Arana, perteneciente al poemario *Bulgaria-Mexicalli* (2011). El libro equipara la historia violenta de las dos naciones aludidas en el título, representadas por los poemas “Septiembre”, de Geo Milev (Bulgaria) y “La suave Patria”, de Ramón López Velarde (México) respectivamente. El extenso poema resultante, “Suave Septtembre”, se propone como un ‘*remix* libre’ de los poemas mencionados (Arana 28–39), con una clara intención paródica y crítica que se hace evidente en numerosos pasajes. Frente a las idílicas y románticas descripciones de México que aparecen en el poema de López Velarde y su visión rural, folclórica e idealizada, el poema de Arana ofrece una visión negativa y desencantada del país, en la que, aprovechando la rima del poema anterior, la “suave” patria, calificada como “impecable y diamantina”, se convierte en “grave” patria, descrita ahora como “obscuridad y neblina” (28). Según este mismo juego intertextual, la alusión a las “hachas” y las “muchachas” que se sitúan en el contexto festivo y bucólico de una “selva” en el primer poema, adquiere un significado mucho más macabro en el contexto de violencia al que hace referencia la reescritura actual: “La Patria es obscuridad y neblina./Grave Patria:/Estrangulada en la selva hambrienta./Antes de la caída de las hachas/Gritan muertas de miedo las muchachas.” (28).

Otro ejemplo de revisión lo constituye el poema “Di/sentimientos de la Nación” (2012), de Javier Raya. El poema, catalogable como poesía recitada o *spoken remix*, como aparece en el subtítulo, es una reelaboración del texto del discurso original “Sentimientos de la Nación”, de José María Morelos, leído por su secretario en la apertura del Congreso en Chilpancingo, el 14 de septiembre de 1813. En el título del nuevo poema puede apreciarse ya la idea de la reescritura o la corrección, en el juego de palabras que se establece entre las palabras “sentimientos” y “disentimientos”. En el texto, la voz enunciativa se dirige directamente a una patria personificada, a la que se niega o se desmiente en sus ideas de grandeza, bienestar y progreso, para ofrecer una versión contraria y opuesta que se expresa mediante la afirmación “yo disiento”, que se repite a lo largo de todo el poema a modo de estribillo. Partiendo de esta acción de disentir, que constituye la acción principal de muchos de estos textos, el poema va pasando revista a una serie de problemas sociales como la pobreza, la inseguridad, los problemas de salud pública, la educación, el aislamiento de los individuos y la falta de comunicación, sin olvidar las consecuencias derivadas de la violencia y el narcotráfico. La acción de disentir, de negar, de no estar de acuerdo se sustenta así en la contradicción, en la negación de la versión oficial de la historia y su visión próspera y esperanzada del país. La deconstrucción de esta imagen posrevolucionaria, acentuada en la actualidad por la crisis derivada de la violencia y el narcotráfico, deja un vacío de representación que refuerza la sensación de pérdida, ausencia o inexistencia del país, tal como se afirma en muchos de los textos analizados.

Conclusiones

Según lo visto en páginas anteriores, puede decirse que parte de la literatura que se escribe actualmente en México adopta una función de crítica y denuncia en relación a los efectos que la violencia está provocando en el país, demostrando el compromiso y la implicación que los escritores mantienen con este tema.

Uno de los efectos más inmediatos o evidentes de esta violencia es la desaparición, entendida no solo en el aspecto físico o concreto, en relación con los cuerpos y las víctimas individuales, sino también en un sentido general y simbólico, relativo a formas de pensamiento, costumbres, tradiciones y formas de ser y actuar que constituyen las identidades individuales y colectivas y que afectan, en definitiva, a la idea de identidad nacional y a la visión que se tiene del país. La violencia supone así un atentado contra la memoria y la identidad, puesto que el miedo y el terror que se derivan de ella y el silencio que la acompaña provocan la existencia de vacíos y negaciones que amenazan la continuidad y la permanencia de un determinado estado de cosas. Los textos literarios, a través de estregias de escritura como las analizadas, desafían el silencio impuesto y ofrecen una lectura diferente de la historia y de los discursos oficiales, que cuestiona, corrige o reescribe las versiones existentes, contribuyendo a la construcción de una memoria alternativa. En estos textos, la sensaciones de pérdida y desaparición se expresan desde un presente que se siente como inexistente y que se proyecta tanto hacia un pasado que se intenta recuperar como hacia un futuro que se quiere garantizar y proteger.

Para hacer evidente ese estado de degeneración, muchos textos recurren a la oposición o el contraste, ofreciendo dos visiones diferentes del mismo país. Por un lado, se opone el antes al ahora, rememorando con nostalgia un pasado del recuerdo y de la infancia, exento de la extrema violencia actual, caracterizado por una mayor libertad de acción y de movimientos; un pasado de una mayor vinculación con la tierra, con los antepasados y con un estilo de vida centrado en costumbres y tradiciones propias; un pasado de vida que contrasta con el presente de enfermedad y muerte, real y simbólica. Por otro lado, se opone también la imagen nacionalista, ficticia y construida de un México idealizado, a la imagen posnacional, realista y desencantada. De la misma forma, la identidad de los individuos también se presenta en términos duales y antagónicos, que dividen en dos bloques a inocentes y culpables, víctimas y perpetradores.

A pesar de ser una literatura que no puede considerarse patriótica o nacional, en el sentido estricto del término, como lo era parte de la realizada en México durante el siglo XX, sí existe en esta poesía del siglo XXI o posnacional una identificación con el territorio político, que se relaciona con lo familiar, lo genealógico, lo personal, lo tradicional y lo cultural, y no tanto con la idea de la nación representada en los símbolos de la bandera, el escudo o el himno nacional.

La visión de la patria que ofrecen estos textos es una visión negativa y pesimista, que se realiza tanto desde una objetividad crítica como desde una subjetividad afectiva y emocional, desde las que se demandan responsabilidades al estado por el incumplimiento de sus obligaciones y a los ciudadanos, por su falta de implicación social y política.

La presencia en los textos de elementos identitarios, individuales y colectivos, funciona como una forma de contrarrestar la fragmentación social y contribuye a la recuperación del tejido social. La palabra evidencia de esta forma su capacidad de reconstruir los límites perdidos y los espacios desdibujados, en la realización de un ejercicio de memoria que convierte la literatura en un acto de reafirmación y autoafirmación.

Bibliografía

- Adcock, Juana. "Comarca de San Fernando. Poema apropiado del periódico". *Manca*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 2013.
- Aguilar, Luis Miguel (Ed.). *Poesía popular Mexicana*. México: Conaculta, 1999.
- Arana, Gerardo. *Bulgaria-Mexicalli*. México: Herring Publishers, 2011.
- Ardenne, Paul. *Extrême: Esthétique de la limite dépassée*. Paris: Flammarion, 2006.
- Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México D.F.: Grijalbo, 1987.
- Bartra, Roger. "La venganza de la Malinche: hacia una identidad posnacional", *Este País*, 1, abril, 1991, 2.
- Bartra, Roger. *La sangre y la tinta*. México D.F.: Océano, 1999.
- Bencomo, Anadeli. "Los relatos de la violencia en Sergio González Rodríguez: *Huesos en el desierto*, *El vuelo* y *El hombre sin cabeza*". *Adamios* 15 (2011): 13–35.
- Blum, Ana Cecilia. (2016). "Yo, como todos los poetas. 10 poemas de Carlos Aguasaco." *Metaforología. Gaceta Literaria*. Web.
- Boullosa, Carmen. *La patria insomne*. Madrid/México: Hiperión/Universidad Autónoma de Nuevo León, 2011.
- Calera-Grobet, Antonio (Ed.). *María Rivera. Genaro Ruiz de Chávez. Los muertos*. México: Mantarraya ediciones, 2010.
- Chávez, Jorge Humberto. *Te diría que fuéramos al río Bravo a llorar pero debes saber que ya no hay río ni llanto*. México: FCE/Instituto Cultural de Aguascalientes/Conaculta, 2013.
- Contreras, Nadia (Ed.). *Antología virtual de poesía a favor de la paz*. Web.
- Cortés Cruz, Moisés y Jesús González Alcántara (Ed.) *43 poetas por Ayotzinapa*. Web.
- Cruz Osorio, Iván. *Tiempo de Guernica*. México: Praxis, 2005.
- De Orduña Fernández, Esther. *Estética y violencia en la literatura del norte de México*. Universidad Autónoma de Madrid. 2017. Web.
- Fuentes, Felipe Oliver. *Apuntes para una poética de la narcoliteratura*. México: Universidad de Guanajuato, 2013.

- Gatti, Gabriel. “Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales)”. *CONfines de relaciones internacionales y ciencia política* 2.4 (2006): 27–38.
- Gatti, Gabriel. “Las modalidades fuertes de la identidad”. *Identidades débiles. Una propuesta teórica aplicada al estudio de la identidad en el País Vasco*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2007. 1–36.
- Gatti, Gabriel. “El humor cambiante de las víctimas”. *Sangre y filiación en los relatos del dolor*. Ed. Gabriel Gatti y Kirsten Mahlke. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2018. 199–207.
- Gibler, John. *Morir en México*. Madrid: La oveja roja, 2017.
- Gómez, Cristián. “Post-mexicanos: Mónica de la Torre y Román Luján como poetas de frontera”. *Acta Literaria* 49 (2014): 87–103.
- Hansen, Hans Lauge. “Modos de representación literaria de la zona gris. Una lectura de dos novelas chilenas”. *Memoria y Narración. Revista de estudios sobre el pasado conflictivo de sociedades y culturas contemporáneas* 1 (2018): 150–66. Web.
- Higashi, Alejandro. “México, poesía y patria para el siglo XXI”. *iMex. México Interdisciplinario. Interdisciplinary Mexico* 6. 11 (2017): 88–102. Web.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Mandolessi, Silvana. “Anacronismos históricos, potenciales políticos: la memoria transnacional de la desaparición en Latinoamérica”. *Memoria y Narración. Revista de estudios sobre el pasado conflictivo de sociedades y culturas contemporáneas* 1 (2018): 14–30. Web.
- Matías Rendón, Ana, ed. *Los 43. Poetas por Ayotzinapa*. México: Drokerz, 2015.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Barcelona: Melusina, 2011.
- Nussbaum, Martha. *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1997.
- Osorno, Diego Enrique. “Jamás tanto cariño doloroso”. *Con/Dolerse*. Ed. Saúl Hernández y Patricia Salinas. México: sur + ediciones, 2015. 111–26.
- Palapa, Fabiola. “Entrevista a Carmen Boullosa”. *La Jornada* 2012. Web.
- Raya, Javier. “Di/sentimientos de la nación”. Web. 27 de septiembre 2019.
- Ricoeur, Paul. *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Seuil, 2000.
- Rivera Garza, Cristina. *Dolerse. Textos desde un país herido*. México: sur+ ediciones, 2015.
- Schedler, Andreas. *En la niebla de la guerra. Los ciudadanos ante la violencia criminal organizada*. México: CIDE, 2018.
- Uribe, Sara. *Antígona González*. México: sur + ediciones, 2012. Web.
- Winter, Ulrich. “Memoria histórica e imaginación jurídica: políticas estéticas de la memoria, desde la justicia poética al *forensic turn*”. *Memoria y Narración. Revista de estudios sobre el pasado conflictivo de sociedades y culturas contemporáneas* 1 (2018): 184–97. Web.